

# Medio siglo de lectura sintomal: el método althusseriano, su vigencia y sus extravíos en el tiempo<sup>1</sup>

David Pavón-Cuéllar<sup>2</sup>

## Introducción

Hay pocos aportes del filósofo marxista francés Louis Althusser que hayan tenido tanto éxito como su lectura sintomal. Este método analítico, propuesto hace medio siglo para incursionar en la obra de Karl Marx y específicamente en *El Capital*, se ha popularizado tanto que ha desbordado los círculos althusserianos y se ha difundido incluso al exterior de los sectores afines al marxismo y al estructuralismo francés. En los campos en los que se utiliza, el concepto de “lectura sintomal” ya no se refiere sólo a un modo althusseriano de acercamiento a los textos de Marx y del marxismo, sino que ha pasado a designar un método canónico de análisis textual en la filosofía, en las ciencias humanas y sociales, y en otros campos de saber. Prácticamente no hay campo disciplinario o transdisciplinario en el que no se haya realizado alguna vez un trabajo que se autodefinía como “lectura sintomal”.

Como suele ocurrir con los conceptos exitosos, el de “lectura sintomal” ha terminado siendo víctima de su propio éxito. Se ha empleado tanto y con sentidos tan diversos, que ha ido perdiendo el sentido preciso que tenía en un principio. Hay algo en él que se ha borrado a fuerza de usarse y desgastarse. Uno tiene incluso la impresión de que el concepto ha terminado rompiéndose, fragmentándose entre los distintos sentidos que se le han dado y las diferentes formas en que se le ha empleado, algunas de ellas contradictorias y definitivamente incompatibles entre sí.

La diferenciación y dispersión de los sentidos y los empleos del concepto althusseriano de “lectura sintomal” es algo que podremos apreciar de manera clara en el presente artículo, en el cual, después de recordar la definición original del

---

<sup>1</sup> Este artículo se ha elaborado entre febrero y marzo de 2019 al reorientar, corregir, ampliar y profundizar la conferencia “Althusser y su lectura sintomal como arma de la revolución: ruptura con la psicología, deuda con el psicoanálisis lacaniano y compromiso con el marxismo-leninismo”, dictada el viernes 30 de octubre de 2015 en Buenos Aires, Argentina, en el marco del Coloquio Internacional “50 años de *Lire Le Capital*”.

<sup>2</sup> Profesor de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, Michoacán, México. Autor de *Psicanálise e Marxismo: as violências em tempos de capitalismo* (con Nadir Lara Júnior, Curitiba, Appris, 2018); *Marxism and Psychoanalysis, in or against Psychology* (Londres, Routledge, 2017); *Marxismo, psicología y psicoanálisis* (con Ian Parker, México, Paradiso, 2017); *Capitalismo y psicología crítica en Latinoamérica: del sometimiento neocolonial a la emancipación de subjetividades emergentes* (Ciudad de México, Kanankil, 2017); y *Elementos políticos de marxismo lacaniano* (Ciudad de México, Paradiso, 2014).

concepto en el propio Althusser, revisaremos algunas de sus interpretaciones y malinterpretaciones en las últimas cinco décadas. Esta revisión, que no pretende ser exhaustiva, no se concentrará en los más importantes exponentes del althusserianismo, sino en autores elegidos por la manera tan palmaria en que ilustran los extravíos de un método que no deja de simplificarse, banalizarse, distorsionarse o desviarse de su propósito inicial, pero que al mismo tiempo sigue incesantemente retomándose, pensándose y repensándose, utilizándose y discutiéndose, mostrando así toda su vigencia en los últimos años. Aunque veamos cómo la lectura sintomal ha perdido algunas de sus potencialidades características en autores como Yvon Bourdet y Guy Caire, e incluso posteriormente en Slavoj Žižek y Ernesto Laclau, podremos percatarnos también al final de la manera en que las ha recobrado en estudiosos más atentos de la obra de Althusser. Tales estudiosos nos ayudarán a reconstituir el concepto del método althusseriano de tal modo que podamos discernir en él, en la estructura de su profundidad, aquello que se ha perdido a medida que el concepto se ha ido erosionando y descomponiendo.

### **Althusser**

Para examinar la erosión y descomposición del concepto de “lectura sintomal”, conviene que antes recordemos brevemente su definición original althusseriana. En 1965, en *Leer el Capital*, Althusser define su lectura sintomal como aquella que “discierne lo no-discernido” o “devela lo no-develado [*décèle l'indécélé*] en el texto mismo que lee”, y que “remite” [*rapporte*] lo develado “a otro texto presente de una ausencia necesaria en el primero” [*présent d'une absence nécessaire dans le premier*] (Althusser, 1965a, pp. 28-29). El texto necesariamente ausente es descrito como un texto “invisible” que se encuentra, no en el exterior del texto “visible”, sino en su interior, en donde sólo puede hacerse visible de modo negativo y fragmentario a través de “lapsus, ausencias, faltas, síntomas teóricos” (p. 27). De ahí el nombre de lectura sintomal [*symptomale*], entendida como lectura de lo sintomático, pero no exactamente como lectura sintomática [*symptomatique*], pues el síntoma está en lo que se lee y no en una lectura cuya función es detectar el síntoma, develarlo o discernirlo, y remitirlo al texto presente de su ausencia o sintomáticamente visible en su invisibilidad.

El sentido específico de la lectura sintomal, así como su diferencia fundamental con respecto al texto sintomático leído, pueden apreciarse claramente en la ilustración de la que se vale el mismo Althusser al descubrir su método en el propio Marx. Al buscar el valor del trabajo, Adam Smith y otros economistas clásicos terminan encontrando el valor de las subsistencias necesarias para la manutención y la reproducción de los trabajadores. Es así como creen haber encontrado lo que buscaban. Sin embargo, en realidad, es algo más importante lo que han descubierto: no han descubierto exactamente el valor del trabajo, sino el valor de la fuerza de trabajo, pero no se percatan de ello. No ven lo que ven. Lo muestran sin caer en la cuenta de que lo están mostrando. Es aquí en donde radica

lo sintomático: en dejar aparecer lo que no consigue distinguirse. Hay que esperar a Marx para que reconozca, mediante su lectura sintomal, aquello que sólo se da a conocer en el texto sintomático de la economía clásica. En suma, el síntoma es lo que ocurre, ese lapsus de Smith por el que se descubre sin descubrirse el valor de la fuerza de trabajo, mientras que la lectura sintomal de Marx es la que descifra el síntoma, la que entiende el lapsus de Smith, la que explicita y consume el descubrimiento, la que lee aquello que se dice en lo que ocurre, aquello que se dice sin decirse, aquel valor de la fuerza de trabajo que está en el fundamento mismo de la concepción marxiana del plus-valor y de la explotación.

Una lectura sintomal como la de Marx reconstruye lo invisible a partir de una irrupción textual sintomática de lo invisible en lo visible, es decir, en los términos del propio Althusser, a partir de la “presencia fugitiva de un aspecto de lo invisible” (Althusser, 1965a, p. 27). Si el síntoma tan sólo revela fugitivamente un solo aspecto de lo invisible, entonces requerimos de una lectura sintomal para llegar a reconstruir lo invisible. Esta reconstrucción de lo que el síntoma revela únicamente de modo parcial y momentáneo, así como el reconocimiento mismo del síntoma, no requieren tanto de una “mirada aguda o atenta” como de la intervención de lo teórico en una “mirada instruida” (p. 28).

Es con los ojos de la teoría con los que se lee sintomalmente un discurso. Lo que Althusser llama “lectura sintomal” en 1965 no es más que una forma de aquello que años después describirá como “extracción-elaboración teórica” (Althusser, 1974, p. 55). La idea rectora de tales conceptos es que se necesita de una teoría para leer aquello que no es totalmente visible en un discurso. En otras palabras, lo invisible de un discurso tan sólo puede visibilizarse a través de la mediación de otro discurso teórico. Esta mediación es lo que distingue una lectura sintomal de una lectura inmediata, llana, ingenua.

A diferencia de una “lectura inmediata”, la lectura sintomal realizada por Marx y conceptualizada por Althusser no lee solamente lo que se dice en el texto, sino también lo que de alguna forma ocurre sin decirse, y es así como permite “discernir, en la aparente continuidad del discurso, las lagunas, los blancos y los desfallecimientos de rigor [*défaillances de la rigueur*], los lugares en los que el discurso no es más que lo no-dicho de su silencio, surgiendo en el discurso mismo” (Althusser, 1965b, p. 183). Para leer lo dicho en lo no-dicho por discursos como los de la economía clásica, pero también como *El Capital* y otras obras de Marx y del marxismo, la lectura sintomal habrá de leer “unas obras por otras”, analizando cómo unas y otras se relacionan, se completan, se elucidan, se plantean “preguntas” y se ofrecen “respuestas” (pp. 34-35). Conviene puntualizar que este procedimiento de lectura de unas obras por otras no puede seguir cualquier orden, sino que tendrá que hacerse en un orden preciso que se justifique teóricamente. Recordemos, por ejemplo, que Althusser (1965c) tiene muy buenas razones teóricas para leer al Marx joven a través del viejo, para “leer *La Cuestión Judía* a través de *El Capital*”, en lugar de proceder como Adam Schaff y “leer *El Capital* a través de *La Cuestión Judía*” (p. 50).

Althusser define su lectura sintomal, en suma, como aquella que *lee el silencio, lo no-dicho por un discurso, leyéndolo a través de otros discursos, otras obras y/o una teoría, que permiten reconstituir lo que el discurso leído sintomalmente dice de manera sintomática, diciéndolo sin decirlo*. Tenemos aquí una definición mínima althusseriana. Intentaremos discutirla, problematizarla y profundizarla más adelante, pero por ahora concentrémonos en ella y veamos cómo se ha ido perdiendo en algunas redefiniciones posteriores del mismo concepto.

### **Sesenta y setenta: Poulantzas, Bourdet, Caire y Del Barco**

El primer deslizamiento de sentido se observa en el mismo campo althusseriano. Por ejemplo, en *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Nicos Poulantzas (1968) entiende la lectura sintomal como aquella que permite “descubrir los rasgos científicos y originales” que “contiene” una concepción bajo sus “rasgos polémicos” (p. 256). Esta idea es aún correcta, pero sólo considera un aspecto del resultado final y no el proceso previo de elucidación de lo dicho en lo no-dicho y de lectura de un discurso por otros. Al soslayar este proceso, la lectura sintomal, tal como la concibe Poulantzas, como *descubrimiento de lo científico bajo lo polémico*, nos recuerda el análisis de contenido epistemológico, la reconstrucción arqueológica foucaultiana de la unidad epistémica en la dispersión polémica de cada época y hasta la mayéutica socrática tal como se desarrolla en diálogos como el *Menón*. Tal vez el procedimiento althusseriano pueda situarse en esta misma tradición metodológica, pero no se confunde con otros métodos que encontramos en ella.

Si Poulantzas y otros amigos y brillantes discípulos de Althusser tienden a simplificar su aporte, pensemos ahora en lo que ocurre con sus enemigos en la Francia de los años sesenta y setenta. Desde luego que hay adversarios de Althusser que están a su altura, que no lo malinterpretan para criticarlo, que son dignos de él por la calidad y densidad de sus críticas. Tal es el caso de los trotskistas que se unen en la obra colectiva *Contre Althusser*, entre ellos Brohm, Colliot-Thélène, Mandel y el aún joven Bensaïd. Pero también hay una avalancha de malinterpretaciones simplificadoras del método althusseriano. Para dar un solo ejemplo, me referiré a Yvon Bourdet (1970), marxista autogestionario, quien reduce la lectura sintomal al gesto de un lector que “supone aquí un blanco” y lo “llena”, y supone “allá una palabra que Marx olvidó borrar” y la “borra”, y “al final cada uno encuentra en el texto lo que buscaba” (p. 305). Según esta idea que ni siquiera debería merecer nuestra atención, bastaría modificar un texto según su capricho personal para hacer una lectura sintomal. No habría entonces ningún análisis minucioso de unas obras por otras en su literalidad, así como tampoco habría el trabajo sistemático de identificación de las preguntas y las respuestas entre las distintas obras. Althusser habría leído *El Capital* como se le antojó.

La simplificación del método althusseriano se encuentra igualmente en autores menos malintencionados, como es el caso del economista Guy Caire (1972), quien pretende resumir dos intervenciones de Macherey y Balibar al representarse la lectura sintomal como aquella que rastrearía las previas “modificaciones constitutivas” del texto y que lo modificaría nuevamente “según las necesidad” al agregar “lo no visto” a “lo visto” (p. 869). Haríamos entonces una lectura sintomal del texto cuando supiéramos obtener de él aquello que necesitaríamos, tal como en Bourdet hacíamos una lectura sintomal cuando encontrábamos en él aquello que buscábamos. En ambos casos, un lector sintomal sería el que decidiera lo que leería según su propia voluntad y no según el texto que estaría leyendo. Sería, pues, un pésimo lector.

Según Bourdet, Caire y otros, una lectura sintomal sería una lectura libre, caprichosa, arbitraria, ilimitada, sin restricciones de ninguna clase. Podríamos incluso describirla como *delirante*. Es lo que hace en los mismos años setenta, en México, el poeta y filósofo argentino Oscar del Barco (1977), para quien “este procedimiento de lectura, que en cierto sentido es válido, a su vez puede convertirse en un procedimiento delirante de suplantación de un discurso real por un discurso posible que, en realidad, es el discurso del crítico” (p. 19).

El discurso de Althusser terminaría suplantando al de Marx, pero no exactamente por causa de la lectura sintomal, sino en razón del mal uso que se hace de ella, pues ella, para Oscar del Barco, puede tener cierta validez. Al aceptar esta posibilidad, el argentino discrepa de aquellos detractores de Althusser, como Bourdet, para quienes el problema radica en la propia lectura sintomal, concebida como una lectura inadecuada e inaceptable que delataría y condensaría todos los vicios que se imputan a la interpretación althusseriana de Marx. La interpretación resultaría errónea porque se basaría en una lectura sintomal que sería intrínsecamente errática y que por ello induciría fatalmente a error. Esta fatalidad es la que se torna una posibilidad en Oscar del Barco.

### **Ochenta: Proust y Frow**

Los años ochenta serán también fecundos en malinterpretaciones de la lectura sintomal, pero al menos ahora tendremos una menor simplificación, una mayor originalidad y una mejor comprensión de algunos aspectos del concepto. Me referiré primero brevemente a las interesantes redefiniciones de este concepto en manos del francés Jacques Proust y el australiano John Frow. Luego dedicaré más tiempo al esloveno Slavoj Žižek.

Jacques Proust (1980), el famoso especialista en Diderot, buen amigo de Foucault y alumno sobresaliente de Althusser, capta un aspecto esencial de la lectura sintomal cuando la define como aquella que permite descubrir la verdad del hacer más allá de su decir en el discurso. Tal definición puede ser aceptada como justa, incluso como profundamente justa, pero plantea un problema próximo al que ya detectamos en el otro discípulo de Althusser. Así como Poulantzas había

distinguido un acá polémico y un más allá científico, Proust distingue un acá enunciado y un más allá enunciativo, efectivo, fáctico, verdadero. Quizás esta distribución del espacio lógico discursivo pudiera ser aceptada si fuera entendida en sentido meramente metafórico y si no pretendiera sintetizar las dimensiones de la noción de lectura sintomal. Desgraciadamente no es el caso ni en Poulantzas ni en Proust.

En las perspectivas de ambos discípulos de Althusser, el método althusseriano se reduce a un desplazamiento del acá discursivo al más allá verdadero, como si la verdad estuviera siempre más allá y no acá en el texto que leemos, y como si el texto no la desplegara también ideológicamente de un modo incompleto, desarticulado, interrogante, mistificado, lacunario, silenciado, negado. Al no reconocer esto, podemos ignorar el texto en lugar de leerlo atentamente, pues lo que nos interesa de él no está en él, sino más allá. Recaemos así en la vieja separación tajante entre la apariencia y la realidad, entre la ideología y la ciencia, entre la mistificación ideológica y la verdad mistificada.

Poulantzas y Proust se aproximan peligrosamente a un dualismo como el que Althusser intenta evitar al adoptar la causalidad inmanente espinosista. En Spinoza, como recordaremos, la causa inmanente está en sus efectos. Éstos quizá no la expresen, pero sí que la despliegan. De igual modo, para Althusser, la verdad de un discurso ya está desplegada en el discurso y no sólo más allá de él. Digamos que la verdad no es lo expresado o inexpresado por el texto que leemos, sino lo necesariamente efectuado en él a través de sus blancos, lagunas, desfallecimientos. Hay aquí un solo plano y no dos. Insistir en los dos planos, el de acá y el de más allá, tan sólo puede conducir a los peores malentendidos en torno al método althusseriano, como podremos apreciarlo cuando llegemos a los noventa y a Yannis Stavrakakis.

Por lo pronto, en los ochenta, debemos referirnos al conocido teórico literario y cultural australiano John Frow (1983), el cual, a diferencia de Poulantzas y Proust, no separó los planos del acá y del más allá al definir la lectura sintomal como la “construcción de una serie de cuestiones diferentes no intencionales que sean consistentes con el argumento del texto” (p. 87). Esta consistencia permite mantener el interés en el texto y no desatenderlo al relegarlo a la esfera ideológica. El problema es aquí otro, a saber, el carácter banal y demasiado general de la redefinición del método althusseriano. Si hacer una lectura sintomal consistiera en plantear cuestiones diferentes consistentes con el texto que leemos, entonces no dejaríamos de hacer lecturas sintomales cuando nos inspirásemos en un discurso al crear otros discursos.

En realidad, lo importante para Althusser no es la creación de otros discursos para construir cuestiones diferentes a las del texto analizado, como lo pretende Frow, sino la reconstrucción de las cuestiones que se efectúan a través del texto analizado a través del análisis de otros discursos que se relacionan intrínsecamente con él. Se trata de analizar discursos existentes y no de crear nuevos discursos. El propósito es reconstructivo y no constructivo. Si únicamente

se tratara de construir nuevos textos a partir de los que se leen, entonces cuestionamientos como los de Yvon Bourdet estarían sobradamente justificados. El método althusseriano sería caprichoso, arbitrario, quizás precisamente por no ser analítico reconstructivo, sino tan sólo creativo, constructivo.

### **1989: Žižek**

Que la lectura sintomal no sea creativa ni constructiva, ni caprichosa ni arbitraria, fue algo muy bien comprendido por Slavoj Žižek. Es por eso que el filósofo esloveno redefinió la lectura sintomal, en su *Objeto sublime de la ideología*, no como construcción, sino como lo contrario, como “deconstrucción de la experiencia espontánea de la significación” del “texto ideológico” (Žižek, 1989, p. 140). El trabajo deconstructivo permitiría, según Žižek, “demostrar cómo un campo ideológico dado emana del montaje de ‘significantes flotantes’ heterogéneos, de su totalización a través de la intervención de ciertos puntos nodales” (pp. 139-140). Estos puntos nodales y los correlativos significantes flotantes serían los elementos descubiertos por una lectura sintomal. El método althusseriano, por lo tanto, consistiría en descomponer la totalidad significativa del texto que se lee y mostrar cómo resulta de una totalización, combinación y anudamiento de ciertos significantes a través de ciertos puntos que los fijarían y que les impedirían seguir flotando. Remontaríamos a estos elementos originales constitutivos del texto, los puntos nodales y los significantes flotantes, a partir de la deconstrucción de la totalidad significativa.

Ciertamente podemos aceptar que el recién mencionado trabajo deconstructivo se realiza en el principio de una lectura sintomal. Es el momento en que Althusser deja atrás la aparente significación total de lo dicho, por ejemplo en un texto del joven Marx, y detecta su carácter internamente desarticulado, fragmentario, equívoco, dudoso, incierto, en suspenso. En este primer momento deconstructivo, Althusser también pone de relieve esos elementos y operaciones ideológicas que podrían corresponder a lo que Žižek denomina lacanianamente significantes flotantes y puntos nodales. Aquí empieza el proceso de lectura sintomal. El primer paso de esta lectura es una deconstrucción. ¡Pero sólo es el primer paso! Después del paso deconstructivo, hay que pasar a los siguientes pasos, los propiamente reconstructivos, los cuales, como sabemos, se realizan a través de una lectura de unos textos por otros.

Es verdad que Žižek reconoce tácitamente la fase reconstructiva cuando cuestiona la lectura sintomal por su presunta ineptitud ante la razón cínica. Sin embargo, cuando Žižek admite la reconstrucción, malinterpreta lo reconstruido al reducirlo a lo que el viejo texto ideológico debía “reprimir para organizarse a sí mismo”, es decir, aquello que ya sería considerado cínicamente en el nuevo funcionamiento fetichista de la ideología (Žižek, 1989, pp. 26-27). En otras palabras, la actual razón cínica dejaría de reprimir, de modo que la lectura sintomal dejaría de ser necesaria, ya que su propósito sería deconstruir la

represión y reconstruir lo reprimido. Sin represión de por medio, conoceríamos y reconoceríamos desde un principio, a través de una lectura inmediata del texto cínico, todo aquello que una lectura sintomal podría llegar a descubrirnos. El método althusseriano ya no sería necesario como antes porque ya no habría necesidad ni de reconstituir lo dicho con cinismo, ni de neutralizar o desmontar una represión inexistente. Esta ausencia de la represión, esta falta de lo que una lectura sintomal deconstruiría en su primer momento, es precisamente el cinismo del que nos habla Žižek.

El cinismo, en suma, se ocuparía de hacer el trabajo prescrito por Althusser, el trabajo que deconstruiría la represión ideológica y así permitiría llegar a reconstruir lo reprimido por la ideología. Ahora bien, si nos atenemos a lo indicado por Althusser, ¿acaso lo reprimido por la ideología es todo lo reconstruido por una lectura sintomal, como supone Žižek? ¿Y acaso lo deconstruido es exclusivamente la represión ideológica y sus efectos de mistificación y disimulación, como también supone el esloveno? Es claro que no. Ya vimos cómo una lectura sintomal se ocupa especialmente, no tanto de la negatividad ideológica, sino más bien de la positividad del saber, por decirlo con términos foucaultianos. Lo que Marx lee sintomalmente en Adam Smith y en la economía clásica, por ejemplo, es el descubrimiento del valor de la fuerza de trabajo en el seno de su encubrimiento por el valor del trabajo. La lectura sintomal es una lectura del descubrimiento más que del encubrimiento, del retorno de lo reprimido más que de la represión misma, de lo dicho en lo no-dicho más que de lo no-dicho en lo dicho, de lo visible en lo invisible y no tanto de lo invisible en lo visible, de lo revelador y no tanto de lo mistificador, de lo confesado y no tanto de lo disimulado. Lo disimulado interesa, desde luego, pero por la manera en que nos confiesa lo que disimula. Ocurre lo mismo con lo invisible, que sólo debe leerse por ser visible, por ser visto y por lo que deja ver.

### **Žižek y la dialéctica de Althusser**

Si Marx hace una lectura sintomal de la economía política inglesa, no es evidentemente por lo que esa economía no ve, sino por lo que ve. Ésta es la clave de la lectura sintomal y resulta desconcertante, por decir lo menos, que se le haya escapado a alguien tan perspicaz y agudo como Žižek, el cual, si aquí da prueba de tanta ceguera, es quizás por lo atrapado que está en un pensamiento insuficientemente dialéctico en el que el cinismo se opone rígidamente a la falta de cinismo, y lo positivo a lo negativo, ya que lo negativo es únicamente negativo, y lo que no se ve sencillamente no se ve, y punto. Althusser (1965a) habría sonreído condescendiente y le habría advertido al esloveno, a través del ejemplo de la lectura sintomal de Smith por Marx, que “aquello que la economía política clásica no ve, no es lo que no ve, sino lo que ve” (pp. 19-20). Lo sintomático, lo susceptible de lectura sintomal, no es evidentemente *no ver lo que no se ve*, sino *ver lo que no se*



ve: callar públicamente lo que se confiesa con cinismo, descubrir encubriendo, revelar aquello mismo que se mistifica.

Por lo demás, la lectura sintomal está centrada en lo que se revela y no en aquello que lo mistifica, en lo que se dice al callar y no en el hecho mismo de callarlo. Insistamos en que Althusser quiere leer especialmente la positividad en la negatividad: lo que se descubre, como es el valor de la fuerza de trabajo en Adam Smith, y no aquello que lo encubre, como es el supuesto valor del trabajo por el que se hace pasar. Por el contrario, al ver cada vez tan sólo el lado negativo del método althusseriano, Žižek lo está reduciendo a uno solo de sus aspectos, el menos original, el menos propiamente althusseriano. Este reduccionismo anti-dialéctico es el que permite suponer que habría hoy en día un cinismo que haría el trabajo de la lectura sintomal.

En realidad, Althusser, como cualquier marxista, está bien familiarizado con el cinismo del que nos habla Žižek. Si este cinismo es tal como lo presenta el esloveno y no tal como lo había pintado Sloterdijk (1983), entonces lo encontramos lo mismo en Hegel (1820) que en Adam Smith (1776) y en esa muchedumbre de pequeños ideólogos liberales citados por Marx en el *Capital* (1867) y en sus tres volúmenes de *Teorías de la plusvalía* (1862). Todos estos autores nos ofrecen pasajes de un cinismo inigualable. No se molestan en reprimir, disimular o mistificar la opresión del Estado burgués, la explotación capitalista despiadada, la plusvalía y todo lo demás que Žižek supone reprimido en los discursos modernistas. No encubren los intereses particulares con ideales universales. Y esto no impidió que Marx los sometiera a una lectura sintomal. De hecho, esta lectura fue beneficiada y facilitada por el cinismo que Marx atribuía, por cierto, a los discursos modernos capitalistas en contraste con los feudales y los del Antiguo Régimen.

El cinismo en cuestión es moderno, quizás hipermoderno, pero definitivamente no posmoderno, como lo pretende posteriormente Žižek (1992). Lo que sí es posible es que tal cinismo haya contribuido a la crisis y crítica de la modernidad al favorecer una lectura sintomal como la que encontramos en Althusser, pero también, antes de él, en Marx y Freud. Si el cinismo favorece esta clase de lectura, es tal vez porque empieza el trabajo que ella debe continuar, pero esto no quiere decir que haga todo su trabajo. Simplemente le abre una primera puerta en el texto, lo que tampoco significa, como lo sigue suponiendo Žižek (2008) veinte años después del *Sublime objeto de la ideología*, que la lectura sintomal “empuje una puerta abierta, ya que el discurso del poder cínico habría concedido todo por adelantado” (p. IX). Quizás haya concedido algo, pero no todo. Esta ilusión del todo es precisamente la que se cuestiona en una lectura sintomal, como el propio Žižek lo reconoció en su momento.

El cinismo tan sólo da el primer paso. Y lo cierto es que un texto ni siquiera debe ser necesariamente cínico para empezar a descubrirnos aquello que buscamos descubrir en una lectura sintomal. Hay otras formas de confesión, en el

amplio espectro entre los polos fetichista y sintomático de retorno de lo reprimido, y todas ellas resultan susceptibles de una lectura sintomal.

Pienso incluso que podemos afirmar categóricamente que el método althusseriano exige que el texto leído tenga, por lo menos en cierta medida, un carácter abierto y no sólo cerrado, sincero y no sólo disimulado, revelador y no sólo mistificador, cínicamente indiscreto y no sólo púdicamente reprimido. En el espíritu dialéctico de Althusser, lo desconocido por el joven Marx ya era de algún modo conocido y reconocido por él mismo, pero también por Hegel, por Feuerbach y hasta por los economistas ingleses. Es por esto, precisamente por esto, que el joven Marx puede ser leído sintomalmente, y es por lo mismo, exactamente por lo mismo, que él mismo pudo leer ya de modo sintomal a Hegel, a Feuerbach, a Smith y a Ricardo.

### **El dualismo de Žižek**

Cuando hacemos una lectura sintomal, aquello que reconstruimos no es únicamente, como lo imagina Žižek en el *Objeto sublime de la ideología*, lo reprimido por el texto, lo disimulado y mistificado, sino también lo desplegado en el texto, lo mal disimulado, lo insuficientemente mistificado. Es lo efectuado estructuralmente y no simplemente lo expresado en tono cínico o lo inexpresado por falta de cinismo. Al imaginar que lo reconstruido por una lectura sintomal es la verdad que no se expresa, Žižek incurre en el dualismo que separa la verdad inexpresada y la mistificación ideológica. El esloveno recae así en el mismo error de Proust y Poulantzas. Pero al menos ellos no se atrevieron a imaginar que habían superado lo que no habían interpretado correctamente.

Si Žižek malinterpreta el método althusseriano, es entonces porque lo traduce a un dualismo psicológico trascendentalista que distingue la inmanencia psíquica y la trascendencia extra-psíquica, el psiquismo y el correlato del psiquismo, la conciencia y los objetos de conciencia, lo pensante y lo pensado, lo más o menos transparente y lo más o menos transparentado, la expresión y lo que se expresa. Tan sólo este dualismo permite separar, por un lado, la expresión o inexpresión ideológica, y, por otro lado, la verdad expresada o inexpresada, transparentada o ensombrecida. El problema es que semejante separación resulta inaceptable para Althusser, cuya lectura sintomal no intenta leer un significado más o menos expresado o transparentado, sino que se atiene a los significantes en su opaca literalidad o materialidad textual. Podemos decir, en efecto, empleando los términos de Juan Domingo Sánchez Estop (2017), que una “lectura sintomal se opone a una lectura expresiva” y lee el texto “desde la perspectiva de su opacidad y no desde el prejuicio de su transparencia” (p. 544). Esta perspectiva de la opacidad parte de una ruptura con la psicología, situándose acertadamente, desde un principio, en una perspectiva marxista y psicoanalítica, específicamente psicoanalítica lacaniana, para sustituir una lógica idealista hegeliana de la expresión por una lógica materialista espinosista de la producción.

En la perspectiva althusseriana, la verdad de la estructura, como la causa inmanente y subsistente de Spinoza, no se expresa ni se transparenta, sino que se transmite materialmente a sus efectos o productos ideológicos. El texto la presenta en su ausencia en lugar de representarla como idea o como cualquier otra entidad psíquica. El mismo pensamiento, como un aparato material y transindividual irreducible a la esfera psicológica, forma parte de lo pensado y no es una representación más o menos exacta de lo pensado. Así como Lacan (1957, 1960) sostendría que no hay metalenguaje que pueda ser pensado, así Althusser considera que no hay pensamiento que pueda pensarse independientemente de aquello en lo que piensa. No es posible distinguir la ideología de su verdad, el efecto de la causa, la creación del creador. Como la naturaleza en Spinoza (1677), la ideología de Althusser despliega su causalidad estructural. No la expresa ni deja de expresarla, no la representa ni la oculta, sino que la presenta en su ausencia.

El efecto presenta la causa en su ausencia. No la disimula ni la reprime, pero tampoco la obedece como la expresión debe obedecer a lo expresado. A diferencia de una expresión o inexpressión de contenidos previsibles, tenemos aquí, en lo que se lee sintomalmente, una producción de situaciones imprevistas, contingentes, en la que ya se prefiguran las últimas posiciones filosóficas de Althusser.

### **Noventa: Žižek, Laclau, Stavrakakis, Diken y Miklitsch**

Žižek (1992) parece acercarse a una rectificación de su error principal, tres años después del *Objeto sublime de la ideología*, cuando nos dice que la “lectura sintomal modernista” busca “descubrir la textura de las prácticas discursivas (simbólicas) cuyo efecto imaginario es la totalidad sustancial” (p. 141). Esta redefinición es interesante porque parece vislumbrar el aspecto positivo del texto leído sintomalmente como texto revelador y no sólo mistificador, pero muy pronto Žižek (1994) vuelve a considerar unilateralmente el método althusseriano al reducirlo al “descubrimiento de la tendencia no confesada del texto oficial a través de sus rupturas, sus espacios en blanco y sus deslices” (p. 10). Vuelve a insistirse así en lo no confesado, lo no-dicho, lo callado, lo reprimido, en lugar de apreciar lo propiamente sintomático, el retorno de lo reprimido en lo reprimido, lo dicho en lo no-dicho, lo confesado en lo no confesado, tal como puede primero adivinarse en el discurso leído y luego elucidarse a través de otros discursos con los que intercambia preguntas y respuestas. Todo esto sigue siendo soslayado por Žižek después del año 2000, cuando la lectura sintomal sólo sirve para descubrir lo “patológico oculto” (2006, p. 56) y para desmentir la “mentira ideológica” (2008, p. X). Žižek se mantiene así aferrado, en su concepción de lectura sintomal, a una distinción dualista entre la mentira y la desmentida, entre lo oculto y el descubrimiento, entre lo no-dicho y lo dicho.

Si nos hemos detenido tanto en la concepción žižekiana de la lectura sintomal, es porque absorberá la noción althusseriana y dominará en su empleo a partir de los años noventa. La concepción de Žižek se impondrá especialmente a

través de la Escuela de Essex, en donde el método althusseriano tiende a disolverse en una idea bastante general de crítica tradicional de la ideología. El mismo Ernesto Laclau (1996), por ejemplo, se basará en Žižek para concebir la lectura sintomal, de modo claramente dualista, como aquella que simplemente pretenderá descubrir los verdaderos intereses a los que responde la ideología. Escapando al dualismo, pero manteniéndose fiel a la concepción žižekiana, Yannis Stavrakakis (1997) reduce la lectura sintomal a su momento deconstructivo que permitiría mostrar cómo un campo ideológico resulta del montaje de significantes flotantes. Encontramos esta misma reducción en Bülent Diken (2005).

Bajo la misma influencia de Žižek, Robert Miklitsch (1998) reduce la lectura sintomal a una interpretación de síntomas en el registro psicoanalítico. En el mismo sentido, pero de modo aún más impreciso y general, Stavrakakis (2005) vuelve a interesarse en el aspecto deconstructivo de la lectura sintomal para concebirla como registro del estatuto de un significante. Podríamos continuar dando ejemplos análogos. Todos ellos, situados en la misma tradición intelectual de la llamada *izquierda lacaniana*, muestran cómo el concepto del método althusseriano se ha vuelto cada vez más vago y difuso.

### Otra vez Althusser: cinco pasos

Llegados a este punto, ya no podemos posponer más un intento de explicación. ¿Cómo explicar, pues, lo que hemos podido apreciar durante nuestro breve recorrido? ¿Por qué el concepto althusseriano de lectura sintomal ha estallado y se ha fraccionado en acepciones tan diversas? ¿Y por qué ha tendido paralelamente a deteriorarse y degradarse, empobrecerse y simplificarse, borrarse y vaciarse de sentido?

¿Por qué tantos autores distintos, pertenecientes a corrientes intelectuales distantes diferentes, han reducido el método althusseriano a uno solo de sus aspectos y han hecho abstracción de los demás? ¿Acaso esto se debe únicamente al relativo éxito del aporte de Althusser, como lo supusimos en un principio? Además de tal éxito, que indudablemente ha contribuido a cierta dispersión conceptual, ¿no será que hay algo intrínseco en el concepto althusseriano que ha determinado tanto su erosión como su fragmentación?

Pienso, en efecto, que muchas de las desgracias de la *lectura sintomal* se explican por el mismo concepto. Para ser más preciso, considero que el concepto althusseriano tiende a malinterpretarse debido a una tridimensionalidad y complejidad interna que lo hace aparentar ser lo que no es y condensar una serie de sentidos que no resultan patentes a primera vista. Me parece incluso que podemos describir las formas contradictorias que reviste el concepto según qué tanto profundicemos en él. Es lo que intentaré hacer ahora.

En un primer acercamiento superficial, confundido y quizás prejuiciado, como el de Yvon Bourdet, Guy Caire y en menor medida Oscar del Barco, se tiene la impresión de que la lectura sintomal es o puede ser una lectura arbitraria y hasta

delirante que se contrapone a una lectura literal, que da una libertad total a quien lee y que le permite leer lo que desea, obtener lo que necesita y encontrar lo que busca, siempre según su voluntad y no en función del texto.

Si avanzamos un segundo paso, tendremos que reconocer al menos, como lo hace John Frow, que una lectura sintomal se hace en función del texto. Se atiene a lo que lee y por lo tanto no es totalmente libre. No lo es ni siquiera cuando plantea cuestiones diferentes de las que se encuentran en el texto, ya que estas cuestiones deben ser consistentes con lo que se dice en el texto.

Al dar un tercer paso y profundizar un poco más, como lo hacen Jacques Proust, Nicos Poulantzas, Slavoj Žižek y Ernesto Laclau, entendemos que las cuestiones planteadas por una lectura sintomal no sólo han de ser consistentes con el texto, sino que deberán corresponder a su verdad oculta y por tanto encontrarse de alguna forma detrás de él, disimuladas o incluso reprimidas por lo que dice, al reverso de la superficie textual ideológica, de tal modo que sólo podrán ser descubiertas por una lectura que vaya más allá del texto.

Si continuamos adelante y damos un cuarto paso con Žižek y Stavrakakis, abandonando la concepción trascendentalista-dualista que proyecta su objeto en un más allá de la apariencia, entonces veremos que las cuestiones planteadas por una lectura sintomal no están más allá, no corresponden a una verdad reprimida y disimulada por la superficie textual ideológica, sino que están envueltas en ella y entretejidas como hilos invisibles en su tejido visible, ya que se desenvuelven en el mismo lenguaje sin metalenguaje, lo constituyen y particularizan como texto, lo estructuran y moldean internamente, aparecen en él negativamente como aquello de lo que él es la huella y pueden llegar a desentrañarse a través de una deconstrucción como la que descompone el discurso en significantes flotantes y puntos nodales.

Si damos un quinto y penúltimo paso, dejando atrás el momento deconstructivo y llegamos al propiamente reconstructivo, tendremos que reconocer que las cuestiones indagadas tienen que reconstruirse porque no se expresan en el texto, sino que lo producen, ya sea de modo positivo, en lo que el texto responde y presupone, o bien, de modo negativo, en sus vacíos y desfallecimientos, en lo que dice al no decirlo, al evitarlo, rodearlo o preguntarlo. De ahí que tengamos que reestablecer las preguntas o las respuestas faltantes a través de un análisis intertextual de unos textos por otros.

### **El quinto paso: el momento reconstructivo**

En el quinto punto ya no estamos en compañía de ninguno de los académicos e intelectuales a los que me referí anteriormente, pero esto no quiere decir que nos encontremos solos. Hay otros autores que han ahondado en el momento reconstructivo de la lectura sintomal sin recaer ni en el dualismo, como le ocurrió a Žižek, ni en otras formas de simplificación del método althusseriano. Y entre estos autores, hay que decirlo, se encuentran varios argentinos.

Recordemos, por ejemplo, a Néstor Braunstein (1975), quien apreció correctamente, hace ya cuatro décadas, la forma en que el texto se presenta de tal forma que exige reconstruirse, a través de una lectura sintomal, como “producto de una serie de determinantes cuyo mecanismo debe esclarecerse”, como situado en “un lugar dentro de un conjunto de textos que abordan una determinada problemática” y como serie de “síntomas que se manifiestan en lo dicho y que aluden o permiten la filtración de lo no dicho, lo reprimido, lo latente” (pp. 331-332). Debemos referirnos también a Alejandra Ciriza (1989), quien enfatizó el aspecto positivo reconstructivo de la lectura sintomal al centrar el método en la formulación de preguntas ausentes a partir de las respuestas dadas en el texto. Así, para Ciriza lo mismo que para Braunstein, es en el texto, a partir de lo dicho, que podemos reconstruir lo no-dicho, lo latente, lo reprimido que Žižek buscaba más allá del texto, detrás de la superficie textual, en una profundidad que simplemente no existe para Althusser.

Empleando los términos de Nicolás Rosa (1996), la lectura sintomal de Althusser, tal como la encontramos ya en Freud, no es una “lectura espeleológica”, sino que “escapa a las categorías de lo profundo y de lo superficial, destruyendo sus propias postulaciones de lo manifiesto y de lo latente” (p. 8). Ni lo deconstruido es lo manifiesto ni lo reconstruido es lo latente. Lo que se reconstruye no está oculto y reprimido. Hay que estar de acuerdo con Jean-Marie Vincent (1993), por lo tanto, cuando nos advierte que una lectura sintomal no es una “lectura entre líneas” y “de la sospecha” (p. 97). Digamos que no es una lectura que desconfíe y que busque desengañar, denunciar, desenmascarar.

El desenmascaramiento difiere claramente de la reconstrucción que se realiza en una lectura sintomal. Si el procedimiento althusseriano exige un trabajo reconstructivo, no es tanto porque debamos reconstruir una verdad encubierta y sofocada por el discurso ideológico, sino porque necesitamos reconstruir el mismo discurso de tal modo que nos deje ver *eso* que sólo aparece en él bajo la forma de invisibilidades, omisiones, fallas, contradicciones, aporías u otros síntomas teóricos. Es verdad que *eso* de lo que se trata es un “punto de herejía” o de “conflicto”, como diría Balibar (2012a, párr. 4). Pero el punto en cuestión se halla en el mismo discurso. Es precisamente *eso* por lo cual el ámbito discursivo, entre *siempre aún inacabado* y *siempre ya ruinoso*, está en las condiciones en las que se encuentra y que exigen su reconstrucción. Aquí hay que entender que el discurso debe reconstruirse porque se encuentra parcialmente sin construir, insuficientemente construido, así como deteriorado y desorganizado, es decir, defectuosamente organizado, precisamente por causa de *eso* que falta en su construcción, *en ella* y no *más allá de ella*. *Eso* que falta es aquello mismo a lo que se refiere Vincent (1993) cuando nos dice que una lectura sintomal debe ocuparse de una desorganización que es tan “interesante” como la “organización lógica” porque nos remite a *eso* que el discurso “no controla” y que lo “desorganiza” (pp. 97-98).

*Eso* por lo que se desordena el discurso, *eso* que se despliega negativamente en su desorganización, es lo que se busca reconstruir en el discurso a través de una lectura sintomal. Tal reconstrucción es necesaria porque el discurso está incompleto, estando compuesto, por así decir, de su organización y de lo que lo desorganiza, de lo construido y de lo inconcluso, de lo que tiene y de lo que le falta. El reconocimiento de tal incompletud es lo que debe motivarnos a reconstruirlo a través de una lectura sintomal.

Nos decidimos a leer sintomalmente lo que leemos por lo que Gabriel Albiac (1997) describe como la “comprensión” de que no hay nunca un “texto finalizado y autosuficiente” que pueda simplemente “leerse a libro abierto” (p. 11). Lo que alcanzamos a comprender es que todo texto necesita reconstruirse y completarse. Tal comprensión de la incompletud textual es lo contrario de la “ilusión de completud” que excluye cualquier lectura sintomal y cualquier tipo de reconstrucción, pues nos hace imaginar, como lo ha observado Pierre Macherey (2016), que “nada puede faltarle” a lo que leemos, que “lo que enuncia, lo enuncia en su totalidad al interior de los límites de una exposición que estaría por definición acabada, y en la que no habría nada que sustraer o agregar” (párr. 4).

Lo que sobra y lo que falta en un discurso es lo que justifica su lectura sintomal. Si uno siente que necesita leerlo sintomalmente, es porque percibe que debe reconstruirlo, y si percibe esto, es porque se percata de su incompletud. El texto está incompleto, como hemos dicho, porque se compone de lo que tiene y de lo que le falta, de lo que retorna y de lo que reprime, de lo manifiesto y de lo latente, del texto y del contexto, de preguntas o respuestas presentes y ausentes, de palabras y silencios que se articulan en relaciones estructurales que sólo pueden reconstruirse también a través de una lectura sintomal. En efecto, además de reconstruir lo ausente, el método althusseriano reconstruye la estructura constituida por lo ausente y lo presente. De ahí que podamos definirlo, siguiendo a Mariana de Gainza (2011), como una “lectura que busca en las presencias y ausencias de un ‘texto’, en una relación específica y necesaria entre visibilidades e invisibilidades, la lógica compleja de su articulación” (p. 249).

En lugar de la distancia entre un acá ideológico y un más allá verdadero, lo que se tiene es un tejido textual en el que se entreteje lo ideológico y lo verdadero, lo presente y lo ausente, lo cínicamente confesado y lo públicamente callado. Lo que se tiene es una textura discursiva internamente diferenciada entre zonas de luz y de sombra, de pensamiento y de acción, de teoría y de práctica, de recuerdo y de repetición, de conciencia y de inconsciente. Como lo observa nuevamente Mariana de Gainza (2011), “la distancia es la del conjunto de lo existente respecto de sí mismo” (p. 256). Leerlo nos exige una inmersión en la ideología que nunca nos conduce a un reverso reprimido en el que descubriríamos la verdad, sino a una estructura en la que se configuran las diversas relaciones entre lo verdadero y lo ideológico, pero también entre lo científico y lo político, lo teórico y lo práctico, lo pensable y lo actuable, aquello ya enunciado con palabras y aquello todavía sólo

susceptible de enunciación a través del silencio revelador y estruendoso de los actos.

Desde luego que los silencios, blancos o puntos ciegos demuestran los propios límites *del* texto. Sin embargo, a falta de metalenguaje, estos límites no limitan exteriormente el texto, no lo circunscriben con respecto a un exterior inexistente, sino que se encuentran dentro del mismo texto, estructuran su lenguaje sin metalenguaje, son inmanentes a su estructura, obedecen a su lógica. Son los puntos en los que el mismo texto se limita, lo que debe callar para decir lo que dice, lo que falta para que haya lo que hay. Son lo que más debe interesarle a una lectura sintomal en la cual, según la expresión de Albiac (1997), deben “detectarse las ausencias que lo presente oculta en su presencia misma” (p. 11).

Lo presente incluye lo ausente. Lo invisible es constitutivo de lo visible y no exterior a lo visible. Esto lo explica elocuentemente Althusser (1965a) al observar que lo invisible no es lo que se encuentra “fuera de lo visible”, en las “tinieblas exteriores de la exclusión”, sino que es “las tinieblas interiores de la exclusión, interiores a lo visible, definidas por la estructura de lo visible” (pp. 26-27). El “otro espacio”, el de lo callado, está en el “primer espacio” de lo dicho: es ese “primer espacio en persona” que lo contiene como un “exterior dentro de sí mismo”, como su propia “denegación” por la que se “define”, de modo que tenemos un “espacio infinito por estar definido, es decir, sin límites, sin fronteras exteriores que lo separen de nada, justamente por estar definido y limitado en su interior, portando en sí mismo la finitud de su definición que lo hace ser lo que es al excluir lo que no es” (p. 27).

### **Hacia el sexto y último paso: la apertura a lo político**

Insistamos: los límites del texto se encuentran dentro del mismo texto, y es aquí, en su interior, en el que deciden lo que es y lo que no es. La paradoja es que la decisión de no ser algo implica la definición de lo que no se es. La afirmación, como bien lo sabía Freud (1925), está presupuesta en la denegación. Por esto mismo, al decidir lo que es y lo que no es, un texto puede llegar a preparar e incluso precipitar lo que todavía no es. En otras palabras: al limitarse internamente, un texto contiene su limitación, pero también su propia ilimitación descartada o sólo retrasada por su limitación. Esta ilimitación debe encontrarse en el mismo discurso, para empezar, porque ya no hay un exterior del discurso, porque el discurso es ilimitado, porque su espacio es infinito, porque no hay metalenguaje que lo restrinja desde fuera, porque la teoría no es más que la continuación de una política tan ilimitada como ella

Los límites internos de un discurso, lejos de separarlo de lo que hay más allá de él, lo separan de sí mismo y así lo abren a su propio desenvolvimiento histórico, a su prolongación, a la continuación de su teoría por otros medios. Como bien lo ha notado Natalia Romé (2013), los “puntos ciegos”, los “de mayor vitalidad teórica” del texto, son puntos en los que “la teoría encuentra su límite y se abre a lo



político” (pp. 220-224). Son obstáculos del razonamiento que exigen el acontecimiento, la solución práctica de cuestiones teóricas, tal como lo formuló Marx y tal como lo confirmó Althusser (1965a) al detectar la “respuesta” estratégica leninista para la inconfesada “pregunta” del joven Marx sobre la diferencia de su dialéctica materialista con respecto a la hegeliana (pp. 34-36). Lo “irremplazable” respondido por Lenin se encuentra en “estado práctico”, en su “práctica política” y en las condiciones de tal práctica, en el “momento actual” con sus “articulaciones esenciales” y con sus “nudos estratégicos”, en el “análisis de la estructura de la coyuntura, en los desplazamientos y condensaciones de sus contradicciones, en su unidad paradójica” (Althusser, 1965c, pp. 181-183). Todo esto constituye un “reconocimiento práctico” de aquello por lo que la dialéctica marxista se distingue de la hegeliana, como es el caso de la “sobredeterminación” o la “pluralidad y complejidad” de las contradicciones (pp. 183-215).

Hemos llegado aquí al sexto y último paso de nuestra exploración interna del concepto de lectura sintomal. Tan sólo ahora podemos percatarnos de que la exclusión del metalenguaje, la sustracción del más allá imaginado por Žižek, hace que el texto leído sintomalmente incluya la trama de silencio del contexto histórico. Su lectura es ya una intervención en la historia. Es por esto que la práctica política debe resultar indisociable de la práctica teórica en una lectura sintomal que lee precisamente lo que no ha podido pensarse, es decir, por un lado, lo que ha debido hacerse, pero siempre, también, por otro lado, lo pendiente, lo que aún está por hacerse y pensarse. Y esto implica definitivamente al lector, ya que su lectura sintomal, lo mismo que el texto leído sintomalmente, sólo puede ser productiva y no expresiva, no habiendo un más allá textual que deba ser expresado en el más acá lectoral.

### **Lectura sintomal como arma de la revolución**

El texto simplemente se prosigue en su lectura. Su lectura no es una expresión previsible de lo que se ha leído, sino una producción más, tan legible y tan imprevisible como la primera. Esta productividad fue aquello que los primeros autores citados, Yvon Bourdet y Guy Caire, confundieron con una creatividad caprichosa. Pero no se trata simplemente de crear según el antojo de cualquier lector. Como bien lo señala Macherey (2016), el procedimiento de lectura sintomal no puede caer en el “relajamiento” de la “sobre-interpretación” y de la “fantasía arbitraria”, sino que debe “someterse a una obligación de rigor” al mantener simultáneamente una “idea directriz” y el “apoyo” en lo que se lee (párr. 5). De lo que se trata es de apoyarse en el texto al avanzar, partir de él para continuarlo, no continuándolo en cualquier dirección que se quiera, sino sólo en una dirección que deberá negociarse constantemente con el texto.

Una lectura sintomal no deja de ser una lectura del texto. Es más que eso: es una lectura particularmente “atenta” en su relación con el texto (Balibar, 2012b, párr. 25). Por más productiva que sea, esta clase de lectura es materialista y debe

atenerse a su materia prima textual, una materia necesariamente preformada y pre-estructurada. La verdadera lectura sintomal no puede ignorar el texto, dejar de leerlo, al hacer lo que debe hacer: transformarlo, deconstruirlo y reconstruirlo. Es en este sentido transformador y deconstructivo-reconstructivo, y no en cualquier sentido creativo arbitrario y caprichoso, en el que una lectura sintomal puede insertarse en la trama de la historia, de lo que es, y ahí ser arma de la revolución. Tal carácter histórico y revolucionario exige un doble compromiso con lo que es y con lo que todavía no es, con lo presente y con lo ausente, con la materialidad existente del mundo y con la idealidad que guía la transformación del mundo, con lo que se lee y con la “idea directriz” que orienta lo que se produce (Macherey, 2016, párr. 5).

Al menos en las manos de Althusser, ya sabemos que su lectura está comprometida simultáneamente con lo que se despliega en el texto de Marx y con los objetivos revolucionarios del marxismo-leninismo. Se trata de cambiar el mundo en el mundo y no de limitarse a describirlo mejor al desgarrar el supuesto velo ideológico. Aquí hay que decir que la ideología, tal como la concibe Althusser, no es exactamente un velo imaginario que nos impida ver el mundo, sino que es más bien el propio mundo que se relaciona imaginariamente consigo mismo a través de nosotros y que se nos deja ver tanto en lo que nos deja ver como en lo que nos impide ver. Su visibilidad y su invisibilidad, sus áreas de luz y de sombra, son aquello que lo constituye y por lo que se nos oculta y se nos muestra de cierto modo, imaginario, en sus manifestaciones ideológicas, entre ellas los discursos, todos los discursos, incluso los de Marx, los cuales, por ello, deben leerse de manera sintomal.

### **A manera de conclusión**

A falta de metalenguaje, no podemos leer sintomalmente una ocurrencia discursiva de lenguaje, un texto como el de Marx o Smith, sin leer el mundo que se presenta y no sólo se representa en él. Podemos incluso decir que el mundo es también las ausencias y las presencias de los discursos que exigen una lectura sintomal. En otras palabras, el mundo es también la ideología y se nos revela como es en la ideología, pero no porque la ideología nos deje ver con exactitud todo lo que es el mundo, sino porque el mundo se nos deja ver tal como es en sus operaciones ideológicas, descubriéndonos cómo es tanto en lo que nos descubre como en lo que nos oculta y en lo que intenta ocultar en vano, tanto en lo que no deja ver como en lo que deja ver a través de lo que deja ver y de lo que no deja ver, tanto en lo que “se ve” como en lo que “se hace” o “se produce” en lo que “no se ve” (Althusser, 1965a, pp. 26-29).

Es en la “estructura inconsciente” ideológica en la que “tomamos conciencia”, es al “vivir la ideología” como “vivimos la relación con el mundo”, es en la “sobredeterminación” de “lo real por lo imaginario y de lo imaginario por lo real” que nos relacionamos con nuestras “condiciones de existencia” (Althusser, 1965c,

pp. 240-241). Quizás mejor debiéramos decir, para no olvidar la enseñanza monista de Plejánov (1895), que es ideológicamente como el mundo cobra conciencia de sí mismo, sobredeterminándose a sí mismo, a través de los sujetos. Ahora bien, si la ideología es el mundo que se relaciona de manera consciente consigo mismo al sobredeterminarse de manera ideológica, entonces no podemos *cortar epistemológicamente* con la ideología sin *romper también políticamente* con ella en un mundo cuya dimensión política resulta insoslayable. De ahí que el mismo Plejánov considere que su materialismo es intrínsecamente “revolucionario” así como el idealismo y el solipsismo son irremediamente “burgueses” (1907, pp. 42-46). De ahí también que, un año después, Lenin (1908) pueda llegar a “deducir” el socialismo del materialismo y concebir las orientaciones materialista e idealista como “tendencias de clases enemigas” (pp. 36-38, 463).

Lo que acabamos de señalar fue claramente percibido por Althusser, primero al “comprender” que “la filosofía es fundamentalmente política” y que “representa la lucha de clases en la teoría” (1968a, p. 148), la “continuación” de la política en “el dominio de la teoría” y “en relación con la ciencia” (1968b, p. 134), y luego al ir más allá del “corte” epistemológico, más allá de la “escena racionalista de la oposición entre la ‘verdad positiva’ y la ilusión ideológica”, y reconocer la “dimensión histórica verdadera” de tal oposición en el “acontecimiento” de la “ruptura” política de Marx y del marxismo con respecto a la “ideología burguesa” y de la forma en que “tomaba cuerpo y consistencia en la lucha de clase del proletariado” (1972, pp. 174-176). Sobra decir que tal ruptura, aunque se realice a través de la práctica teórica, sólo puede ocurrir en el mundo, en su lenguaje sin metalenguaje, en su espacio exteriormente ilimitado, solamente limitado por dentro. Es aquí en donde la filosofía, “consciente de los intereses de clase que representa, toma partido por el campo materialista, en posiciones proletarias”, y, siendo “consecuente, combate” (Althusser, 1976, pp. 311-312).

Hay que insistir una y otra vez en que el combate filosófico no sólo corta con la “ideología dominante” y con sus manifestaciones en el pensamiento idealista del “todo” con el que se encubren las contradicciones (Althusser, 1976, pp. 307-308). Además de *cortar* con esta ideología, el materialismo filosófico *rompe* con aquello que se vela y se revela en ella, con su dominación ideológica entendida como dominación de clase, con la burguesía y con la sociedad burguesa, con el capital y con el mundo hecho a su imagen y semejanza, el mundo configurado por el capitalismo, el mundo mismo del que surge y contra el que se debate el materialismo filosófico. La ruptura es también una transformación de lo que rompe consigo mismo. De ahí que podamos llamarla “revolución”.

El movimiento revolucionario puede empezar con un síntoma que deja ver lo que no se deja ver en el sistema y así acaba con uno de aquellos límites constitutivos del sistema. Por ejemplo, cuando Adam Smith traspasa un límite a través de un síntoma que hace visible lo invisible del valor de la fuerza de trabajo, no sólo se ha desgarrado teóricamente la ideología, sino que ya se ha desencadenado la transformación política del mundo mismo que también existe a

través de su propia sobredeterminación ideológica. Y cuando Marx hace una lectura sintomal de Smith y deja ver todo lo que se deja ver y no se deja ver en el síntoma, no sólo ha continuado con la desgarradura teórica de la ideología, sino que ha llevado la transformación política del mundo hasta el punto revolucionario en el que el viejo mundo rompe consigo mismo. Desde luego que esta ruptura está determinada en última instancia por las contradicciones y luchas de clases del capitalismo en el siglo XIX, pero esta misma determinación histórica opera en su propia sobredeterminación ideológica, en la ideología y en su teoría, en lo que se hace y en lo que se dice a través de cualquier discurso, en la invisibilidad y en la visibilidad, en los síntomas y en su lectura sintomal. El terreno teórico e ideológico es también un campo de batalla, un campo de “lucha de clases”, en el que se decide el futuro del mundo (Althusser, 1976, pp. 311-324).

## Referencias

- Albiac, G. (1997). Althusser lecteur d'Althusser. En G. Albiac y otros, *Lire Althusser aujourd'hui* (pp. 7-20). París: Harmattan
- Althusser, L. (1965a). Préface: du Capital à la philosophie de Marx. En L. Althusser y E. Balibar, *Lire le Capital I* (pp. 9-86). París: François Maspero, 1968.
- Althusser, L. (1965b). L'objet du Capital. En L. Althusser y E. Balibar, *Lire le Capital I* (pp. 87-184). París: François Maspero, 1968.
- Althusser, L. (1965c). *Pour Marx*. Paris: La découverte, 2005.
- Althusser, L. (1968a). La philosophie comme arme de la révolution. En *Solitude de Machiavel et autres textes* (pp. 145-158). París: PUF, 1998.
- Althusser, L. (1968b). Lénine et la philosophie. En *Solitude de Machiavel et autres textes* (pp. 103-144). París: PUF, 1998.
- Althusser, L. (1972). Éléments d'autocritique. En *Solitude de Machiavel et autres textes* (pp. 159-198). París: PUF, 1998.
- Althusser, L. (1974). Sur le travail théorique. Difficultés et ressources. En *Penser Louis Althusser* (pp. 35-64). París: Le Temps des Cerises, 2006.
- Althusser, L. (1976). *Être marxiste en philosophie*. París: PUF, 2015.
- Balibar, É. (2012a). Citoyen Balibar. Entretien avec Étienne Balibar par Nicolas Duvoux & Pascal Sévérac. *La vie des idées*. Recuperado el 22 de octubre de 2018 de <https://laviedesidees.fr/Citoyen-Balibar.html>
- Balibar, É. (2012b). L'introuvable humanité du sujet moderne. L'universalité “civique-bourgeoise” et la question des différences anthropologiques. *L'Homme. Revue française d'anthropologie*, 203, 19-50. Recuperado el 22 de octubre de 2018 de <https://journals.openedition.org/lhomme/23086>
- Bourdet, Y. (1970). Quand l'araignée structuraliste croit voir en sa toile que «Marx est mort». *L'Homme et la société*, 17(1), 297-307.
- Braunstein, N. (1975). Introducción a la lectura de la psicología académica. En N. Braunstein y otros, *Psicología: ideología y ciencia* (pp. 329-360). México: Siglo XXI, 2006.

- Caire, G. (1972). Le centenaire du «Capital», Exposé et entretiens sur le marxisme. *Tiers-Monde*, 13(52), 869-870.
- Ciriza, A. (1989). Louis Althusser, una “provocación” para pensar la problemática de la filosofía latinoamericana hoy. *Revista de Historia de América* 108, 149-157.
- Del Barco, O. (1977). Althusser en su encrucijada. *Dialéctica* 3, 7-54.
- Diken, B. (2005). City of God. *City*, 9(3), 307-320.
- Freud, S. (1925). La negación. En *Obras Completas XIX* (pp. 249-258). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Frow, J. A. (1983). Reading as system and as practice. In *Comparative criticism yearbook*, no. 5 (pp. 87-105). Cambridge University Press.
- Gainza, M. de (2011). La actualidad de la lectura sintomática. En S. Caletti y N. Romé (coord.), *La intervención de Althusser hoy. Revisiones y debates*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hegel, G. W. F. (1820). *Principios de la filosofía del derecho*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.
- Lacan, J. (1957). *Le Séminaire. Livre V. Les Formations de l'inconscient*. París: Seuil, 1998.
- Lacan, J. (1960). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. En *Écrits II* (pp. 273-307). París: Seuil (poche), 1999.
- Laclau, E. (1996). The death and resurrection of the theory of ideology. *Journal of political ideologies*, 1(3), 201-220.
- Lenin, V. (1908). *Materialismo y empiriocriticismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975.
- Macherey, P. (2016). Pour une pratique profane de la lecture. Exposé présenté le 4 octobre 2016 au séminaire sur la lecture organisé par le département de philosophie de l'Université de Paris X-Nanterre. Recuperado el 30 de octubre de 2018 de <https://philolarge.hypotheses.org/1781>
- Marx, K. (1864). *Teorías sobre la plusvalía*. Madrid: Crítica, 1977
- Marx, K. (1867). *El Capital I*. México: FCE, 2008.
- Miklitsch, R. (1998). “Going through the fantasy”: Screening Slavoj Zizek. *The South Atlantic Quarterly*, 97(2), 475.
- Plejánov, G. V. (1895). Ensayo sobre la concepción monista de la historia. En *Obras Escogidas, tomo I* (pp. 9-276). Buenos Aires: Quetzal, 1964.
- Plejánov, G. V. (1907). *Materialismo militante*. México: Grijalbo, 1967.
- Poulantzas, N. (1968). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI, 2001.
- Proust, J. (1980). Deux confessions de foi (Essai de lecture symptomale croisée). *Études Théologiques et Religieuses Montpellier*, 55(1), 55-70.
- Romé, N. (2013). Orden significativa y encuentro aleatorio en la filosofía política de Louis Althusser. En Ian Parker y David Pavón Cuéllar (Eds), *Lacan, discurso, acontecimiento: nuevos análisis de la indeterminación textual* (pp. 219-231). México: Plaza y Valdés.

- Rosa, N. (1996). El lenguaje de un ausente: Las razones de un fracaso. *Orbis Tertius* 1(2-3), 1-15.
- Sánchez Estop, J. D. (2017). "En estado práctico": el otro nombre de la filosofía. En P. Karczmarczyk, N. Romé y M. Starcenbaum (coords.), *Actas del Coloquio Internacional 50 años de Lire Le Capital* (pp. 539-552). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Sloterdijk, P. (1983). *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela, 2003.
- Smith, A. (1776). *Riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza, 1994.
- Spinoza (1677). *Ética*. Ciudad de México: Porrúa.
- Stavrakakis, Y. (1997). Green ideology: a discursive reading. *Journal of Political Ideologies*, 2(3), 259-279.
- Stavrakakis, Y. (2005). Religion and populism in contemporary Greece. In Francisco Panizza (Ed), *Populism and the Mirror of Democracy* (pp. 224-249). Londres: Verso, 2005.
- Vincent, J.-M. (1993). La lecture symptomale chez Althusser. En *Sur Althusser: Passages* (pp. 97-112). París: Harmattan.
- Žižek, S. (1989). The sublime object of ideology. Londres: Verso, 2008.
- Žižek, S. (1992). Enjoy your symptom! Jacques Lacan in Hollywood and out. Londres: Routledge, 2008.
- Žižek, S. (1994). Mapping ideology. Londres: Verso.
- Žižek, S. (2008). Preface to the Routledge Classics Edition. En *Enjoy your symptom! Jacques Lacan in Hollywood and out*. Londres: Routledge.
- Žižek, S. (2006). Against an ideology of human rights. En Kate E. Tunstal (Ed), *Displacement, asylum, migration: the Oxford Amnesty lectures 2004* (pp. 56-85). Oxford: Oxford University Press.